

La unidad entre Escritura y Sacramento en la liturgia de la Iglesia

Daniel Alberto Escobar Portillo

UNIVERSIDAD SAN DÁMASO

(C/ JERTE, 10 - 28005 MADRID)

RESUMEN El artículo parte de un recorrido histórico, en el que, con la finalidad de resaltar el rito sacramental, durante siglos ha sido minusvalorada en la práctica el valor de la Escritura-Palabra en la celebración litúrgica; algo que el Magisterio y la teología de los últimos decenios ha puesto de manifiesto y ha tratado de corregir. El estudio muestra, a la luz de la “sacramentalidad de la Palabra” (VD 56), que es clave adentrarse en las diferentes dinámicas que confluyen en la proclamación litúrgica, también acudiendo a la misma Revelación, como lugar privilegiado de unión entre Escritura y Sacramento, así como en la función del lector, como instrumento al servicio de esta unidad.

PALABRAS CLAVE Escritura, Sacramento, Cumplimiento, Performatividad, Revelación.

SUMMARY *The article starts from a historical journey, in which, in order to highlight the sacramental rite, for centuries the value of the Scripture-Word in the liturgical celebration has been underestimated in practice; something that the Magisterium and theology of recent decades have revealed and tried to correct. The study shows, in the light of the “sacramentality of the Word” (VD 56), that it is key to delve into the different dynamics that come together in the liturgical proclamation, also turning to Revelation itself, as a privileged place of union between Scripture and Sacrament, as well as in the function of the reader, as an instrument at the service of this unit.*

KEYWORDS *Scripture, Sacrament, Compliance, Performativity, Revelation.*

I. PUNTO DE PARTIDA. LA SUPERACIÓN DE UNA RUPTURA

La relación entre Escritura y Sacramento constituye uno de los puntos centrales sobre los que la teología posconciliar ha reflexionado particularmente

y, a menudo, desde un punto de vista ciertamente pesimista, en lo que se refiere a su situación en la liturgia de la Iglesia. Así, en 1983, Salvatore Marsili se refería a una “liturgia cristiana en escisión”¹ para señalar el proceso por el que a pesar de que en la Iglesia la Palabra es inseparable del Sacramento, la visibilidad propia del gesto y del rito sacramental en el curso de la historia ha propiciado que en el Sacramento la obra de santificación haya tendido a ser atribuida exclusivamente al rito.

1. LA PRIMACÍA DEL RITO SOBRE LA PALABRA

En efecto, ya desde el primer Medievo el aspecto ritual de la liturgia adquirió un primado indiscutible en la Iglesia, algo que no solo sucedía en la “liturgia sacramental”, sino también en la misma “liturgia de alabanza”, repleta de textos bíblicos. La celebración, pues, era ponderada sobre todo por el rito, que, llevado a cabo según el ordenamiento establecido, realizaba una acción objetivamente sagrada y eficaz², de modo que cobraba mayor relevancia la pronunciación de una secuencia de “palabras sagradas” que el hecho de que muchos de esos textos formaran parte de la Escritura. Con todo, a pesar de la existencia de periodos históricos de fuerte sacramentalismo o ritualismo, nunca ha desaparecido en la celebración ni la presencia ni el anuncio de la Palabra.

Varias fueron las circunstancias que, tanto dentro como fuera de la liturgia, fraguaron paulatinamente un cierto olvido de la función de la Escritura en la celebración litúrgica, así como una separación entre Palabra y Sacramento³.

En el ámbito celebrativo se produjo, ya al menos desde la época carolingia, un hiato entre la Palabra de Dios, tal y como era proclamada en la celebración, y la predicación de los clérigos. Bien es cierto que a través de homilias se incentivó el conocimiento de la Sagrada Escritura y de las homilias de los Padres de la Iglesia, traduciendo a una lengua y lenguaje accesible lo que en esas antologías aparecía aún en latín. Sin embargo, con el tiempo iba cobrando mayor fuerza una escisión entre una lectura o canto

1 S. MARSILI, “Cristo si fa presente nella sua Parola”: *RivLit* 70 (1983) 683.

2 Son reveladoras las páginas acerca de la problemática tridentina sobre la eficacia de los sacramentos en lo., *I segni del mistero de Cristo. Teologia liturgica dei sacramenti* (Roma 1987) 91-104.

3 MARSILI, “Cristo si fa presente”, 684-688.

de la Escritura en la lengua litúrgica, y una predicación cuya temática apenas podía relacionarse con la Palabra que había sido proclamada poco antes; más bien se prefería incidir en aspectos morales, sostenidos frecuentemente por elementos alegóricos o legendarios. Paralelamente a este fenómeno la predicación fue desplazándose gradualmente hacia la esfera extracelebrativa, siendo el siglo XIII y las nuevas órdenes religiosas de la época, como los dominicos y los franciscanos, un referente señalado. Tanto por el método adoptado como por el contenido, el lugar y el tiempo, se trataba de sermones de carácter extralitúrgico, si bien con recurrentes alusiones a los periodos del año litúrgico, como la Cuaresma; también era esta la oportunidad para exponer la doctrina cristiana con el objetivo de incentivar la recepción de los sacramentos de la penitencia o de la eucaristía. En realidad, se trató de un modo de mantener una “liturgia de la Palabra”, ya casi ausente o insignificante en la celebración litúrgica. Paradójicamente, el gusto por la escucha de la Palabra de Dios - palabras del predicador, demostrado por las multitudes que llenaban iglesias o plazas, favoreció que popularmente adquiriera más valor esta dimensión que la celebración de los sacramentos. El caso extremo de esta posición lo encontraremos en la reforma protestante, al dotar a la Palabra no solo de un valor privilegiado, sino de una relevancia única y absoluta, y olvidando la necesaria unidad entre Palabra y Sacramento.

Asimismo, es honesto reconocer que la teología sacramentaria también ha subestimado durante mucho tiempo la proclamación de la Palabra de Dios en los sacramentos, concentrándose de modo casi exclusivo en la fórmula que acompañaba el rito sacramental. Desde esta perspectiva, deudora en gran medida del hilemorfismo sacramental, el *verbum* que se añade al *elementum* para constituir el Sacramento, agotaba en sí, en un cierto sentido, el valor de la Palabra. El valor efectivo de santificación sacramental dependía del ser la palabra “forma” metafísica realizadora del Sacramento, no del hecho de ser Palabra de Dios, anuncio real de la voluntad salvífica de Dios en Cristo⁴. Al mismo tiempo, podemos determinar varias razones de carácter doctrinal que acentuaron una comprensión independiente entre Palabra y Sacramento en la celebración. En primer lugar, la reacción polémica al pensamiento de Lutero y a las líneas teológicas introducidas con la reforma. Para el padre de este movimiento, el Sacramento es el acto eclesial de predicación por excelencia,

4 Cf. *ibid.*, 689.

concebido como la acción que repropone las palabras con las cuales el Señor ha presentado el don de su vida como fundamento de la fe salvífica. Esta palabra corpórea (“Leibhaftes Wort”) va acompañada de un sello material. Desde esta óptica, pues, la predicación tiene la forma de un *sacrum signum* en el que la Palabra de Dios que promete la gracia al hombre se sella por un gesto corpóreo. Se trata de una visión fundamentalmente de anuncio, frente a la cual la doctrina católica ve puesto en tela de juicio el principio de la eficacia *ex opere operato* de los sacramentos. Por ello, desde el ámbito católico se va a incidir en que la Palabra tiene una función meramente instructiva o introductoria en la celebración litúrgica, siendo paradigmática la denominación de Josef Andreas Jungmann, con respecto al Sacramento de la eucaristía de “antemisa” como preparación para la “misa sacrificial”⁵; una separación, a nuestro juicio, no superada todavía hoy, puesto que la actual distinción entre “liturgia de la Palabra” y “liturgia del Sacramento” (cf. SC 56), con sólidos fundamentos bíblicos e históricos, podría considerarse como una separación convencional, quizá necesaria para un análisis de la estructura del Sacramento, que, por una parte, no contribuye a presentar la celebración como un único acto de culto⁶ y, por otra, siembra la idea de que el verdadero Sacramento sucede exclusivamente en la segunda sección de la misa. En segundo lugar, históricamente se ha dado una concepción reductiva del lenguaje, que lo considera con una finalidad fundamentalmente instrumental o de dominio, en lugar de pensar en la palabra como un modo de acoger la realidad de las cosas, de responder a la presencia de lo real. Por último, en los últimos siglos se ha vivido una fractura entre el contenido misterioso del Sacramento, estudiado por la teología, y la forma histórica del rito, abordada por la ciencia litúrgica, dejando prácticamente al margen la lectura del texto bíblico en la celebración del Sacramento y la ya señalada finalidad casi exclusivamente catequética de la Escritura para los fieles⁷.

En la actualidad somos conscientes de que Escritura y Sacramento se necesitan mutuamente. Alexander Schmemmann lo expresa de forma elocuente: “en la separación de la Palabra, el Sacramento corre el riesgo de ser percibido

5 Cf. J.-A. JUNGSMANN, *El sacrificio de la misa* (Madrid 1963) 299ss; 549ss.

6 Cf. D. JURCZAK, “La riqueza olvidada de la Palabra de Dios. Reflexiones en torno a la relación entre la Liturgia de la Palabra y la Liturgia eucarística en la celebración de la Misa”, en: V. BOTELLA CUBELLS (ed.), *La teología en positivo*. Fs. P. Martín Gelabert Ballester OP (Valencia 2020) 443-444.

7 Cf. A. BOZZOLO, “Il libro e il rito. La sacramentalità della Parola”: *RivLit* 108 (2021) 468-472.

como mágico, y sin el Sacramento la Palabra peligra de ser reducida a doctrina”⁸. De este modo, la Escritura puede convertirse en objeto únicamente de un estudio histórico-crítico y el Sacramento ser analizado únicamente desde un punto de vista especulativo. Puesto que la Escritura y el Sacramento encuentran en la liturgia de la Iglesia su ámbito de desarrollo, es pertinente que sean estudiados también desde este hogar natural⁹.

2. EL CAMINO TRAZADO POR *SACROSANCTUM CONCILIUM* (1963)

La primera constitución conciliar va a asumir entre los principios inspiradores de la reforma litúrgica la restitución de la máxima importancia al vínculo entre Sagrada Escritura y liturgia. Tal y como expresa el número 24 de *Sacrosanctum Concilium*, la Escritura está presente en la liturgia tanto de forma directa, en la liturgia de la Palabra, como indirectamente, permeando las oraciones, cantos y acciones que la estructuran.

Pero el punto culminante de este documento será probablemente SC 7, al reconocer una verdadera eficacia salvífica a la liturgia gracias a la presencia real de Cristo y de su misterio en ella.

Sin embargo, antes de llegar a plasmar estos y otros números de la constitución sobre la sagrada liturgia hubo un largo recorrido, unido al movimiento litúrgico, al movimiento bíblico y a un sincero deseo de renovar la predicación y la catequesis, elementos que tuvieron influencia, sin lugar a dudas, en el intento por vincular la predicación de la Palabra y la celebración de los sacramentos. Ives Congar va a señalar cuatro dimensiones¹⁰, que no solo se referirán al tema objeto de nuestro estudio, sino que afectarán a otros aspectos esenciales para la vida de la Iglesia, tales como la enseñanza acerca del sacerdocio episcopal y presbiteral, o sobre el proceso de catecumenado en la actividad misionera. En primer lugar, destaca el lugar soberano reconocido a Cristo como autor primero de toda comunicación salvífica. Este hecho se reflejará en el reconocimiento de los diferentes modos de presencia de Cristo (cf. SC 7), teniendo en cuenta que no pueden aislarse unos de otros, sino

8 A. SCHMEMANN, *The Eucharist: Sacrament of the Kingdom* (New York 1987) 68. Esta y todas las traducciones son mías.

9 Cf. E. BYRON ANDERSON, "Scripture and Liturgy: Offering Christ": *SL* 39 (2009) 186.

10 Cf. I. CONGAR, "La relation entre culte ou sacrement et prédication de la Parole": *Conc* 33 (1968) 53-55.

que constituyen modos de presencia y de acción del mismo y único Señor para un mismo fin: la realización plena de la nueva y definitiva alianza. En segundo lugar, se busca la reintegración de la Palabra de Dios en la celebración litúrgica (cf. SC 6, 35, 52, 56). No se pretende tanto aumentar el número de textos escriturísticos que se leerán en la celebración, cuanto considerar la Palabra como un elemento constitutivo de la liturgia. En tercer lugar, se va a tratar de asumir en la noción misma de culto cristiano el valor bíblico, puesto ya en evidencia desde hacía años por Odo Casel y acogido por el Magisterio pocos años antes del Concilio en la encíclica *Mediator Dei* (1947). Esto significa resaltar que antes de ser un movimiento de nosotros hacia Dios, a través de la adoración, la alabanza o la acción de gracias, la liturgia es, ante todo, la acogida del don que Dios nos ha hecho a través de Jesucristo. A partir de aquí entra en juego la dinámica de la encarnación: la Palabra de Dios no es únicamente “Palabra”, sino que también es “carne”, y esto fundamentará el orden de los signos sacramentales. La Sagrada Escritura no permanecerá ajena a esta dinámica, ya que, por un lado, en la Biblia el aspecto de acción eficaz y el de propuesta de conocimiento es inseparable en la noción de “Palabra” (“*dabar*”); por otra parte, esta Palabra, conforme aparece en la vida de la Iglesia se comprende asimismo como *opus Dei*, obra divina. Esta posición va a abrir el camino al reconocimiento progresivo en el ámbito católico de una cierta estructura sacramental en la Palabra de Dios, ya que se trata de un signo sensible por medio del cual Dios obra en favor de nuestra salvación. Por último, en el proceso de renovación, llevado a cabo por el último concilio, destaca el valor dado a la sacramentalidad general de la Iglesia. A partir, pues, de la consideración, desde el punto de vista de la *historia salutis* de Cristo como Sacramento o *mysterium* de Dios, es posible hablar de la Iglesia como Sacramento de Cristo. De este modo, la especificidad del septenario sacramental no justifica la minusvaloración del resto de elementos que hacen presente tanto a Jesucristo como a toda su obra realizada en la Iglesia para nuestra santificación y para la gloria de Dios. Es en este ámbito donde se abre al camino para la consideración del valor sacramental de la Palabra de Dios.

3. NUEVAS PERSPECTIVAS MAGISTERIALES.

DE *DEI VERBUM* (1965) A *VERBUM DOMINI* (2010)

El nuevo itinerario abierto por el Vaticano II va a integrar las aportaciones más importantes de los movimientos bíblico, litúrgico y ecuménico. Tanto *Sacrosanctum Concilium* como *Dei Verbum* van a incorporar los planteamientos que permitirán al Magisterio hablar de la “sacramentalidad de la Palabra”. Así en SC 7 se alude directamente a la presencia de Cristo en su Palabra, “ya que es él quien habla cuando en la Iglesia se lee la Sagrada Escritura”; también SC 33 indica que “Cristo sigue anunciando el Evangelio”. Asimismo, se adoptará la imagen de la mesa, referida no solo al cuerpo del Señor (cf. SC 48), sino también a la Palabra de Dios (cf. SC 51). Pero quizá, más relevante que estas dos referencias sea la enseñanza sobre la unidad de la misa, asumida por SC 56 y reflejada posteriormente en la Ordenación General del Misal Romano al señalar que: “la Misa consta, en cierto modo, de dos partes, a saber, la Liturgia de la Palabra y la Liturgia Eucarística, las cuales están tan estrechamente unidas entre sí, que constituyen un solo acto de culto” (OGMR 28)¹¹.

En *Dei Verbum* encontraremos el célebre número 2, expresando que la economía de la revelación consta de “gestos y palabras intrínsecamente conectados entre sí”, de modo que las obras, realizadas por Dios en la historia de la salvación, manifiestan y refuerzan la doctrina y las realidades significadas por las palabras, mientras que las palabras proclaman las obras e ilustran el misterio contenido en ellas. Esta afirmación supone la asunción por parte del Magisterio de una perspectiva dinámica, histórica y relacional en virtud de la cual los gestos y las palabras se reclaman mutuamente y se sitúan en conjunto como un lugar de acceso al misterio divino. Más adelante DV 21 recuerda que la Iglesia ha venerado siempre las Escrituras divinas como ha hecho con el cuerpo mismo de Cristo, no dejando nunca, sobre todo en la sagrada liturgia, de nutrirse del pan de vida de la mesa de la Palabra de Dios y de la del Cuerpo de Cristo. Se adopta, por lo tanto, la imagen de la doble mesa, clave para comprender la inseparabilidad entre Palabra y Sacramento, al mismo tiempo que se sugiere la proclamación litúrgica como el destino privilegiado y la plena actualización de la sagrada Escritura. Se consuma así el paso de la

11 Cf. P. JOUNEL, “La Biblia en la liturgia”, en: J. URDEIX (ed.), *La inspiración bíblica de la liturgia* (Barcelona 2008) 33. (Traducción del texto original publicado en 1958).

concepción de la primera parte de la misa como “didáctica” a la extensión de la cualificación didáctico-pastoral de toda la liturgia, entendiendo esta como lugar de formación de los fieles en virtud de su capacidad de ponerlos en diálogo con Dios, que viene a su encuentro, se hace presente, los invita a su mesa y los hace partícipes de su vida, no en el sentido primario de instrucción, sino en una relación constitutiva entre gesto y palabra¹².

Tras la consolidación de la reforma litúrgica y la promulgación gradual de los nuevos libros litúrgicos, la encíclica *Fides et Ratio* (1998) va a constituir otro hito en la profundización del valor sacramental de la Palabra, al hablar de “horizonte sacramental (*ratio sacramentalis*) de la Revelación”¹³. En el marco de la reflexión acerca de la profundidad del misterio divino y de los signos históricos que se refieren a estos, la encíclica propone un interesante acercamiento entre la manifestación de la revelación y la realidad del Sacramento: “Podemos fijarnos, en cierto modo, en el horizonte sacramental de la Revelación y, en particular, en el signo eucarístico, donde la unidad inseparable entre la realidad y su significado permite captar la profundidad del misterio” (FeR 13). El paralelismo que se establece entre Revelación y eucaristía evidenciará que en las dos se da una unidad entre lo que se nos da y la forma de la manifestación. Esta afirmación implicará que la existencia del Sacramento no depende de una fundación meramente jurídica-positiva, sino que más bien ha de comprenderse como enraizado en el acontecimiento mismo de la autocomunicación divina, que tiene en sí mismo una estructura sacramental¹⁴.

La primera vez que encontramos la expresión “sacramentalidad de la Palabra” en el Magisterio será en la exhortación postsinodal *Verbum Domini* de Benedicto XVI. En este documento, dedicado especialmente a la comprensión católica de la Escritura, se puede leer en el número 56:

Con la referencia al carácter performativo de la Palabra de Dios en la acción sacramental y la profundización de la relación entre Palabra y Eucaristía, nos hemos adentrado en un tema significativo, que ha

12 Cf. S. TARANTELLI, “Cantare la parola”: *RivLit* 108 (2021) 544.

13 La cuestión del “horizonte sacramental de la revelación” ha sido ampliamente estudiada por Bozzolo, *Il rito di Gesù. Temi di teologia sacramentaria* (Roma 2013) 72-89.

14 Cf. Bozzolo, “Il libro”, 474.

surgido durante la Asamblea del Sínodo, acerca de la “sacramentalidad de la Palabra” (*pertinens ad qualitatem sacramentalem Verbi*).

Asimismo, en el mismo número, con la alusión al “horizonte sacramental de la Revelación” se afirma el misterio de la encarnación como origen de la sacramentalidad de esta Palabra.

La Palabra de Dios se hace perceptible a la fe mediante el “signo”, como palabra y gesto humano [...] La proclamación de la Palabra de Dios en la celebración comporta reconocer que es Cristo mismo quien está presente y se dirige a nosotros para ser recibido.

Finalmente, va a unir en un mismo párrafo DV 2 y SC 7, indicando:

Cristo, realmente presente en las especies del pan y del vino, está presente de modo análogo también en la Palabra proclamada en la liturgia. Por tanto, profundizar en el sentido de la sacramentalidad de la Palabra de Dios, puede favorecer una comprensión más unitaria del misterio de la revelación en “obras y palabras íntimamente ligadas” (*gestis verbisque intrinsece inter se connexis*).

Tal y como hemos visto, la expresión “sacramentalidad de la Palabra” no es acuñada por *Verbum Domini*, sino que en realidad ha nacido en el debate teológico del siglo XX¹⁵. El contenido de la fórmula remite a lo señalado en VD 53 sobre el carácter performativo de la Palabra, donde se señalaba:

En la historia de la salvación no hay separación entre lo que Dios *dice* y lo que *hace*; su Palabra misma se manifiesta como viva y eficaz (cf. Hb 4,12), conforme ya ha sido señalado con relación al término “dabar”. Al mismo tiempo, en la acción litúrgica nos situamos ante una Palabra que realiza lo que dice.

15 A. BOZZOLO – M. PAVAN, *La sacramentalità della Parola* (Brescia 2020) 19; BOZZOLO, “Il libro”, 472-475.

Tanto VD 53 como VD 56 se encuadran en el párrafo dedicado a la liturgia como lugar privilegiado de la Palabra de Dios¹⁶. Desde este punto de vista es fundamental comprender que:

Así pues, es necesario entender y vivir el valor esencial de la acción litúrgica para comprender la Palabra de Dios. En cierto sentido, la hermenéutica de la fe respecto a la Sagrada Escritura debe tener siempre como punto de referencia la liturgia, en la que se celebra la Palabra de Dios como palabra actual y viva: “En la liturgia, la Iglesia sigue fielmente el mismo sistema que usó Cristo con la lectura e interpretación de las Sagradas Escrituras, puesto que Él exhorta a profundizar el conjunto de las Escrituras partiendo del ‘hoy’ de su acontecimiento personal” (VD 52, con referencia a OLM 3; Lc 4, 16-21; 24, 25-35.44-49).

Junto con la referencia al valor sacramental de la Palabra, el Magisterio, apoyándose en las fuentes bíblicas y litúrgicas considerará la celebración litúrgica como el lugar privilegiado para la interpretación de la Escritura¹⁷.

En resumen, el Magisterio más reciente ha querido subrayar dos aspectos fundamentales que se refieren a la unidad entre Palabra y Sacramento. En primer término, el carácter performativo que la Palabra posee en sí misma, especialmente al ser proclamada en la celebración litúrgica. En segundo lugar, se ha querido destacar el vínculo de la Palabra con la consideración de la revelación como acontecimiento (DV 2) y con su horizonte sacramental (FeR 13). Ambas afirmaciones sirven como introducción del siguiente párrafo, en el que estudiaremos estas peculiaridades de la Escritura proclamada.

16 Cf. M. ARÓZTEGI ESNAOLA, “Palabra y sacramento en Verbum Domini 53.56”, en: M. ARÓZTEGI ESNAOLA (coord.), *Palabra, sacramento y derecho*. Fs. Antonio María Rouco Varela (Madrid 2014) 265-302.

17 Cf. PONTIFICIA COMISIÓN BÍBLICA, *La interpretación de la Biblia en la Iglesia*, IV (Città del Vaticano 1993); Cf. R. DE ZAN, *Unius verbi Dei multiplices thesauri. La lettura liturgica della Bibbia: appunti per un metodo* (Roma 2021) 31-32.

II. LA LECTURA LITÚRGICA: “PERFORMATIVIDAD” Y “CUMPLIMIENTO”

Tratamos a continuación de acercarnos al fundamento bíblico de la expresión “sacramentalidad de la Palabra”, buscando saber qué dice la propia Escritura acerca de esta expresión¹⁸.

1. ANTIGUO TESTAMENTO. MEMORIA Y ACTUALIZACIÓN

Marco Pavan ha estudiado el origen y la función de la Escritura, y observa rasgos comunes en la lectura litúrgica, sobre todo a partir de Ex 24, Jos 8 y 2Re 23:¹⁹ 1) La lectura tiene lugar en el contexto del establecimiento o de la renovación de la alianza y se añade a la ofrenda del sacrificio como una de las dos partes fundamentales de una única acción ritual; 2) El contenido de la lectura integra las condiciones puestas a Israel para llevar a cabo el pacto; 3) El efecto de la lectura es la adhesión explícita del pueblo a las condiciones establecidas por Dios; 4) El texto se sitúa entre la génesis oral de la palabra y su destino comunitario; 5) El texto escrito va a permanecer como testimonio del pacto y garantía de su actualidad perenne (cf. Dt 31,9-13); 6) El texto leído cumple una función performativa, dado que sitúa a los oyentes ante una decisión. Así pues, la triada Palabra-Escritura-lectura adquiere una función crucial en la constitución misma del pueblo de Israel²⁰. En la narración de Ex 24 se ponen de relieve algunos elementos propios de la naturaleza de la Palabra escrita o de la razón que justifica su existencia: 1) La memorabilidad, como posibilidad de poder extender un acto comunicativo también al futuro. El elemento de fijación implícito en la escritura de la Palabra oral remite a una perpetuación en el tiempo, ya sea como un modo de certificación del compromiso asumido por el pueblo o como una posibilidad de poder recurrir siempre al acontecimiento originario de la alianza; 2) La lectura del texto tiene, en Ex 24, un valor performativo y no solo informativo, puesto que la misma lectura forma parte de la actualización del vínculo de alianza y, por

18 Cf. BOZZOLO – PAVAN, *La sacramentalità*, 75.

19 Cf. *Id.*, *La sacramentalità*, 261.

20 Cf. A. CARIDEO, “Dall’evento salvifico all’assemblea culturale. La parola di Dio nel culto dell’Antico Testamento (Es 12, 1-13,16; Ne 8-10)”: *RivLit* 70 (1983) 649-658.

consiguiente, actúa como orientación y expresión de una cierta voluntad de los contrayentes²¹.

Por consiguiente, a la luz de determinados pasajes significativos del Antiguo Testamento es posible referirnos a la “sacramentalidad de la Palabra”. Así pues, la lectura del texto en el ámbito ritual produce un efecto de cualquier modo salvífico, junto con el conjunto de gestos culturales realizados. Por lo tanto, la sacramentalidad de la Palabra se lleva a cabo ya desde dentro del Antiguo Testamento²².

2. NUEVO TESTAMENTO. PLENITUD SACRAMENTAL-CRISTOLÓGICA

Si dirigimos la mirada hacia el Nuevo Testamento descubrimos en sus líneas esenciales la continuidad, pero también la transformación que tiene lugar en el paso del Antiguo al Nuevo Testamento, donde la categoría “cumplimiento” puede indicar la relación particular que los cristianos tienen con las Escrituras, iniciada y practicada por el mismo Jesús y continuada en la Iglesia apostólica²³. El vínculo particular entre Jesús y el texto de Lucas 4,16-30, en la sinagoga de Cafarnaún, pone de manifiesto quizá más la realidad del cumplimiento que la del valor performativo de la lectura de la Escritura. Pero es más significativo observar que el carácter sacramental de la Palabra está íntimamente ligado a la persona misma de Jesús, de modo que es él mismo, como revelador y, a su vez, objeto de la revelación, quien determina la dinámica sacramental de la lectura del texto. Esta referencia va a resultar decisiva para la determinación del significado exacto de la expresión “sacramentalidad de la Palabra”, ya que con ella no se alude únicamente a la performatividad de un texto en sí, sino más bien a la lectura del mismo bajo la perspectiva del cumplimiento cristológico²⁴.

21 Cf. Bozzolo, “Il libro”, 476-477.

22 Cf. Bozzolo – PAVAN, *La sacramentalità*, 128.

23 Cf. *ibid.*, 168.

24 Cf. Bozzolo, “Il libro”, 478-479.

3. LA CENTRALIDAD DEL CUMPLIMIENTO CRISTOLÓGICO

Desde esta visión, se puede detectar una cierta analogía entre Ex 24 y los pasajes vinculados él, y la dinámica que acabamos de señalar: del mismo modo que la lectura de la Torá aparece como el momento en el que la escucha y la adhesión a la alianza se suscita, la lectura de la Escritura va a convertirse en la ocasión para provocar la escucha y la fe en Cristo. Con algunas diferencias, este principio se encontrará en todos los escritos neotestamentarios²⁵. A partir de este punto, aparece con mayor nitidez que la lectura litúrgica del texto bíblico posee una *qualitas sacramentalis* gracias a la lógica del cumplimiento de las Escrituras, que es el principio a partir del cual se comprende de modo adecuado la locución “sacramentalidad de la palabra” en general.

4. LA FUERZA COMUNICATIVA DEL ACTO DE LECTURA

Del mismo modo que ocurre en todo proceso sacramental, la Palabra de Dios se proclama por medio de la lectura de la Escritura, desplegando la esencia de la misma²⁶. Si nos detenemos ahora en el análisis del acto de lectura notaremos que para el lector la persona misma de Jesús constituye el punto generador de la interpretación²⁷. La cualidad sacramental de la Palabra está claramente ligada a la lectura, mediante la cual lo que de un modo general y en potencia viene expresado en el libro, ahora se lleva a cabo y es, en cierto modo, revelado, más allá de la función didáctica o comprensiva del texto²⁸.

En el gesto de la proclamación litúrgica la Palabra se manifiesta como un nuevo acontecimiento vivo y eficaz hoy (cf. OLM 3). De esta manera, el texto escriturístico se transforma en Palabra gracias al sonido y a la forma ritual que la hace revivir²⁹. Por eso, no tiene primariamente la finalidad de ofrecer

25 Cf. MARSILI, “Cristo si fa presente”, 671-690; U. VANNI, “L’annuncio e l’ascolto della Parola di Dio nel contesto della liturgia: la prospettiva dell’Apocalisse”: *RivLit* 70 (1983) 659-670.

26 Cf. P. DE CLERCK, “Al principio existía la Palabra”, en: J. URDEIX (ed.), *La inspiración bíblica de la liturgia* (Barcelona 2008) 37. (Traducción del texto original publicado en 1992); L.-M. CHAUVET, *Symbole et Sacrement. Une relecture sacramentelle de l’existence chrétienne* (Paris 1987) 217.

27 Cf. BOZZOLO – PAVAN, *La sacramentalità*, 281.

28 Cf. *ibid.*, 284.

29 Cf. L. DELLA PIETRA, “Le dinamiche rituali della liturgia della Parola”: *RivLit* 108 (2021) 524.

un contenido instructivo o didáctico-pastoral, como tampoco puede pasar a un segundo plano la relación vital que toma forma a través de la oralidad de la proclamación³⁰.

A partir del cumplimiento pascual de la Escritura, la comunidad eclesial inició muy pronto a unir la repetición memorial de los gestos de la cena con la lectura de algunos pasajes bíblicos. Este hecho de retomar pascualmente la *memoria Jesu* en el horizonte del cumplimiento no puede más que referirse a la Escritura como relectura de la vida de Jesús a la luz de lo que se nos ha desvelado en la Pascua; se tratará de la interpretación del Antiguo Testamento con referencia al cumplimiento cristológico, tal y como condensa el esquema de la narración de los discípulos de Emaús³¹.

Podemos reconocer, por consiguiente, la proclamación litúrgica como el lugar de la clarificación de la sacramentalidad de la Palabra. Sacramental es, pues, el acontecimiento de la Palabra a través de la cual Dios aparece-habla en medio de nosotros. En este sentido, la cualidad sacramental no se aplica a la Escritura, como tal, sino a su transformación en Palabra mediante la proclamación litúrgica³². El acontecimiento de la proclamación por parte del lector es sacramental, aunque no sea en sí mismo *sacramentum*, a modo de octavo *sacrum signum*. No afirmamos “Palabra-Sacramento” o “Sacramento de la Palabra”, sino que la Palabra concurre de modo esencial en la economía de los signos sagrados con los que la Iglesia celebra el Misterio pascual. La proclamación participa en esta economía suscitando el trabajo de la fe, para el cual necesitamos la acogida, a fin de evitar cualquier automatismo del rito o una especie de esclavitud hacia lo sagrado. Sugerida a partir de la dinámica sacramental y gracias a esta analogía y paralelismo, la noción de “re-presentación” aplicada al lector, nos va a llevar a dar un paso adelante, adentrándonos en la dimensión de la ministerialidad de la Palabra. Del mismo modo que la comunidad reunida no puede hacer presente en plenitud el Misterio pascual si se prescinde de quien representa a Cristo cabeza, sin la mediación del lector

30 Cf. S. TARANTELLI, “Cantare la parola. Per una riscoperta del canto liturgico come mediazione del mistero”: *RivLit* 108 (2021) 544-545; 569; 574; S. LANZA, “La celebrazione luogo ermeneutico della Scrittura. Punto di vista di un biblista”: *RPL* 3 (1983) 23-32; R. FALSINI, “La celebrazione luogo ermeneutico della Scrittura. Punto di vista di un liturgista”: *RPL* 3 (1983) 33-40.

31 Cf. BOZZOLO – PAVAN, *La sacramentalità*, 310.

32 DE CLERCK, “Al principio existía la Palabra”, 50.

no podemos hacernos sacramentalmente presentes en la Palabra eterna que históricamente ha alimentado a generaciones de creyentes³³.

III. *MINISTROS ET MYSTERIORUM SUORUM DISPENSATORES ELEGIT.*

LA MINISTERIALIDAD AL SERVICIO DE LA UNIDAD ENTRE PALABRA Y SACRAMENTO

Tras desgranar los elementos fundamentales de la sacramentalidad de la Palabra y de su ubicación en el horizonte sacramental de la propia revelación puede ser iluminador analizar a la luz de la ministerialidad y desde las propias fuentes litúrgicas por qué el lector contribuye a resaltar el vínculo entre la Escritura y el Sacramento; no como quien encadena dos elementos de diferentes naturaleza, sino como el que, a través de su voz, posibilita que la misma Palabra de Dios pueda adquirir un evidente valor sacramental.

El rito de la institución del lector está constituido por una oración que implora la bendición de quienes son destinados a este oficio con la finalidad de que proclamen a Cristo ante los hombres y glorifiquen al Padre que está en los cielos. A continuación se pide a Dios que “al meditar asiduamente tu palabra, se sientan penetrados y transformados por ella y sepan anunciarla, con toda fidelidad, a sus hermanos”³⁴. En la entrega del libro de la Sagrada Escritura se les invita a transmitir fielmente la Palabra de Dios “para que sea cada día más viva y eficaz en el corazón de los hombres”³⁵. Sobre este esquema afrontamos la última parte de nuestro estudio, partiendo de Cristo ministro.

1. CRISTO, MINISTRO PRINCIPAL, ORIGEN DE LA SACRAMENTALIDAD

Para designar los grados del ministerio, ya la carta a los Hebreos asume el término *sacerdos* y *pontifex* a la hora de referirse a Cristo, como principal ministro y único capaz de ofrecer a Dios, en nombre de los hombres, el sacrificio perfecto (cf. Hb 7,26-27). Y así sucederá en la liturgia, desde el mo-

33 Cf. C. GIRAUDO, *La liturgia de la Palabra* (Salamanca 2014) 105; L. DELLA PIETRA, “Le dinamiche rituali”, 530.

34 *Pontifical Romano, Ritual para instituir lectores y acólitos* (Barcelona 1998) 21.

35 *Ibid.*

mento en el que el analogado principal se refiere a Cristo y, a partir de ahí, a todos los que desempeñan un servicio en la sagrada liturgia, definido en el sacramentario gregoriano como *sacri muneris servitutem*³⁶. Ciertamente, a lo largo de la historia de la liturgia ha existido una evolución en el significado de los diferentes términos asociados a ella, pero podemos constatar que en los primeros siglos con el término *sacerdos* se hacía referencia sobre todo al obispo, y es revelador descubrir cómo el sacerdocio se refería, en la línea de la tradición paulina, a los que administraban tanto la Palabra como los sacramentos, mostrándose así como alguien que en su persona favorecía la unidad entre la Palabra y el Sacramento. El término *minister*, en cambio, evocará una idea de subordinación con respecto a alguien³⁷, pudiendo ser ahora asumido por nosotros para referir esa subordinación con respecto a Cristo.

2. PROCLAMAR A JESUCRISTO Y DAR GLORIA AL PADRE

Las fuentes bíblicas y litúrgicas testimonian la actuación de Dios a través de sus ministros³⁸. Uno de los seres que mejor refleja esta idea es el ángel, como enviado o mensajero. En la historia de la salvación conocemos numerosos ejemplos de ello, sobre todo ligados a la obra de la redención (Navidad, Resurrección o Ascensión). El libro del Apocalipsis evidencia la imagen del ángel como creado para celebrar la gloria de Dios, que él sirve (*ministrare*) y asiste (*assistere*). También la Escritura resalta de modo especial la autoconciencia de indignidad en quienes han sido escogidos por Dios para desempeñar un ministerio, como se observa particularmente en el caso de los profetas (cf. Is 6,5 o Jer 1,9). Se destaca, pues, una eficacia en la acción que supera las meras disposiciones o capacidades humanas. Precisamente el término “profeta” está unido al hecho de proclamar o hablar ante una asamblea constituida ordinariamente para celebrar el culto. De este modo, Dios se sirve siempre de alguien que dé voz a sus palabras, puesto que solo el Verbo eterno de Dios ha podido comunicarse con nosotros. Sin intermediarios³⁹

36 *Sacramentarium Gregorianum*, 4,5, en: *Le sacramentaire grégorien. Ses principales formes d'après le plus anciens manuscrits*, I, ed. J. DESHUSSES (Spicilegium Friburgense 16; Fribourg 21992) 97.

37 Cf. A. BLAISE, *Le Vocabulaire latin des principaux thèmes liturgiques* (Turnhout 2013) 499-512.

38 Cf. *ibid.*, 235-239.

39 Cf. GIRAUDDO, *La liturgia de la Palabra*, 64.

y sin la mediación de esta persona, el Padre estaría en silencio. Una de las expresiones más evidentes para expresar el ligamen entre el profeta y Dios es la fórmula “así dice el Señor” (Is 7,7; Jer 2,2; Ez 6,11; etc.), con la cual el pueblo comprendía que Dios mismo era quien hablaba por medio de un portavoz. En palabras de Louis-Marie Chauvet, “la voz del lector, que expresa así simbólicamente (sacramentalmente) la esencia de la palabra viva de aquellos textos para el ‘hoy’ de cada generación”⁴⁰.

3. PENETRADOS Y TRANSFORMADOS. LA FUERZA DEL ESPÍRITU SANTO

Una de las dimensiones apenas señalada en estas páginas es la función del Espíritu Santo como artífice de la unidad, no solamente entre Escritura y Sacramento, sino en cualquier aspecto de la celebración litúrgica.

En la línea de lo que acabamos de señalar, el *instrumentum laboris* del sínodo sobre “La Palabra de Dios en la vida y en la misión de la Iglesia” (2008) afirmaba: “La proclamación de la Palabra de Dios contenida en la Escritura es acción del Espíritu: del mismo modo que ha obrado para que la Palabra se convirtiera en libro, ahora, en la liturgia transforma el libro en Palabra”⁴¹. Y precisamente, en el marco de la ministerialidad, un segundo significado en el que históricamente la liturgia ha admitido el término *ministerium* es con relación a la acción del Espíritu Santo. Si bien no se encuentra una alusión explícita en la institución del lector, la presencia y la acción del Espíritu Santo en estos ministros no puede ser ignorada, debido a que han renacido “del agua y del Espíritu Santo” (Jn 3,5) en virtud del Sacramento bautismal, y han recibido su fuerza mediante el Sacramento de la confirmación. Un primitivo testimonio de una oración de institución de acólito, perteneciente a las Constituciones apostólicas, señala: “Dirige tu mirada a tu siervo, a quien se le confía leer a tu pueblo tus Santas Escrituras y dale el Espíritu Santo, el espíritu profético”⁴². Aparte de pedir el don del Espíritu Santo a quien recibe el ministerio de lector,

40 L.-M. CHAUVET, “La dimensión bíblica de los textos litúrgicos”, en: J. URDEX (ed.), *La inspiración bíblica de la liturgia* (Barcelona 2008) 63. (Traducción del texto original publicado en 1992).

41 SÍNODO DEI VESCOVI. XII ASSEMBLEA GENERALE ORDINARIA, *La Parola di Dio nella vita e nella missione della Chiesa*, 15 (Città del Vaticano 2008), en: https://www.vatican.va/roman_curia/synod/documents/rc_synod_doc_20080511_instrlabor-xii-assembly_it.html (25 enero 2022); Cf. TARANTELLI, “Cantare la Parola”, 562.

42 Cf. *Constitutiones apostolicae*, 8, 22, en: *Didascalia et Constitutiones apostolorum*, I, ed. E. X. FUNK (Paderborn 1905) 526-527.

se pide, que, como Esdras, este ministro reciba la sabiduría, que es un don del Espíritu Santo, espíritu profético⁴³.

IV. BALANCE FINAL

La celebración eucarística solemne prevé desde hace siglos en la liturgia papal, como muy tarde desde el *Ordo Romanus I* (datado entre los siglos VII y VIII, pero reflejando prácticas anteriores), la colocación del libro de los evangelios sobre el altar al comienzo de la misa⁴⁴. Evangeliario y altar podían ser concebidos como signo indicativo de la mesa de la Palabra y de la Eucaristía en su unidad, señalando una vinculación sacramental que supera una mera yuxtaposición estructural. Se trata de un gesto que adquiere relevancia para comprender que la celebración litúrgica valoró desde muy pronto no solo teóricamente, sino a través de los elementos plasmados en la celebración, una unidad que remite toda ella a Cristo, como origen del culto cristiano y que hemos asumido con la imagen de la “doble mesa” de la Palabra y del la Eucaristía.

Si bien, por los motivos de orden celebrativo y doctrinal ya señalados, la evolución posterior propició una escisión entre Palabra y Sacramento en la celebración, ambos elementos estuvieron siempre presentes en la misma. Sin embargo, el valor de la Palabra se focalizaba en su misión de *forma* sacramental, asociada ya sea a la validez de los sacramentos, o bien a su función meramente instructiva o didáctica, pero despojándola de un valor *a se* en la celebración litúrgica.

Gracias a los avances en la teología litúrgica del siglo pasado, en la línea del denominado movimiento litúrgico, el Concilio Vaticano II dio carta de naturaleza a una recuperación de la visión unitaria de la celebración litúrgica. Poniendo como paradigma la Eucaristía, se quiso fundamentar la unidad entre Escritura y Sacramento en la única presencia de Cristo en la celebración, en la que proclamación de la Palabra y liturgia del Sacramento se pueden armonizar

43 Cf. A. M. BALDACCI, “Il ministero del lettore”: *RivLit* 108 (2021) 587-588.

44 Cf. OGMR 121; V. RAFFA, *Liturgia eucaristica. Mistagogia della messa: dalla storia e dalla teologia alla pastorale pratica* (Roma 2003) 100; 246-247.

con pleno sentido, como parte del proceso de autodonación de Cristo hacia nosotros. En este itinerario tuvo especial relevancia la asunción del vínculo entre revelación y sacramentalidad, que años después del Concilio se plasmó explícitamente en *Fides et Ratio* 13. Otro hito esencial para comprender la unidad entre Palabra y Sacramento lo va a señalar *Verbum Domini* 56, primer documento magisterial en asumir explícitamente la “sacramentalidad de la Palabra”. Con todo, el acercamiento a las fuentes bíblicas, tanto vétero como neotestamentarias, nos ha permitido comprobar que en la *historia salutis* siempre se valoró la eficacia de la Palabra (“performatividad”) a la luz de su plenitud en Cristo (“cumplimiento”). Puesto que una visión unitaria entre Escritura y Sacramento no se da solo teóricamente, sino en el ámbito de la liturgia celebrada de la Iglesia, hemos analizado la proclamación de la Palabra como el lugar de la clarificación de su sacramentalidad. Uno de los elementos que puede ser iluminador para comprender esta dinámica es comprender la sacramentalidad a la luz de Cristo como origen de la misma y de sus ministros como colaboradores en la actualización de la única obra redentora de Cristo. De este modo, proclamar a Cristo y dar gloria al Padre, expresión en la que se puede englobar la ministerialidad del lector, puede reconocerse como estrechamente vinculado con la finalidad última de la celebración litúrgica, “esta obra tan grande por la que Dios es perfectamente glorificado y los hombres santificados” (SC 7) en la que los sacramentos constituyen la máxima expresión. En definitiva, concluyendo con palabras de Chauvet, la liturgia cristiana, como su raíz misma indica (“-urgia”/hacer), tiene más que ver con un hacer simbólico orientado a la comunicación entre los hombres y Dios, que con una “-logía”, como discurso construido de manera argumentada; responde más a una pragmática que a una semántica⁴⁵.

45 Cf. CHAUVET, “La dimensión bíblica”, 67.

